

Sección de cuento y poesía

ENTREVISTA CON GIOVANNI PAPINI (O LA HISTORIA COMO ETERNIDAD)

Adrián Gerardo
Rodríguez

Ciudad de México, 25 octubre 2013

Ayer, durante una breve escala en el Archivo General de la Nación, me encontré con Giovanni Papini, el monstruo italiano de la literatura. Mientras revisaba algunos catálogos impresos, lo vi de soslayo. Me llamó la atención la inmovilidad glacial con la que consultaba un grueso legajo de letras casi ilegibles. De su mirada se desprendía algo singular: la luz de una curiosidad inmarcesible. El cabello arremolinado, la cara tosca y cansada como de profeta, los pequeños lentes, también lo delataban. Quise comprobar mi sospecha. Me recorrí a medio metro de su mesa, y mirando hacia el lado contrario, pronuncié el nombre mágico: Papini. El hombre únicamente respondió: “A sus órdenes”. Sorprendido, lo saludé con un entusiasmo que contrastó con la seriedad de su semblante. Proseguí. Le expuse que gracias a su obra, mi pro-

fesión de historiador había ganado nuevos bríos, y, palabras más palabras menos, sentenció: “sus libros me han enseñado que la historia es un extensión de la imaginación, donde la ficción a veces juega al parejo de la verosimilitud, permitiendo que lo verídico tome la forma de algo que se mueve por sus propias leyes, alejadas de aquellas que la ciencia ha construido. Precisamente, creo que conocer esas pautas de índole especial, es la quinta esencia de nuestro oficio”. Entre interesado y absorto, el escritor asintió y cordialmente me pidió que si no había más, lo dejara trabajar. Antes de retirarme, le solicité una entrevista. Sin quitar los ojos del legajo, el autor de *Palabras y sangre* me citó al día siguiente en los jardines de lo que antes había sido el Palacio de Lecumberri. Le di las gracias; él solo proyectó una mueca de indiferencia o molestia.

Al día siguiente hallé al escritor a la intemperie; unas nubes hacían trabajo de sombra que amenizó la conversación. Papini me dijo que había aceptado mi entrevista porque le pareció curioso aquello que había balbuceado sobre la historia y la ficción. Me agradeció que no usara ningún tipo de dispositivo electrónico para registrar la entrevista, y concluyó con un consejo: “confíe en el arte de la memoria, tan olvidado hoy en día por culpa de estos aparatos”. Sin más, lo primero que le pregunté fue ¿por qué él?, Giovanni Papini, seguía vivo. Ironizando la mirada, respondió que

él mismo no lo sabía con exactitud. Pero algo era seguro: al parecer, eso de que la excelsa literatura inmortaliza a sus autores es más que una metáfora. Lo que a continuación me contó, lo fui apuntando en mi cuaderno lo más rápido y exacto que pude.

—Yo nunca pedí la inmortalidad —prosiguió Papini—, ni sé qué agentes naturales o sobrehumanos están inmiscuidos en este tipo de transición. Cuando morí, en 1956, caí en un estado donde el sueño me pesó como nunca. Al despertar, estaba de nuevo en mi escritorio, sentado. No sentía ningún dolor, ninguna sensación de pérdida. Tampoco sentí la necesidad de buscar amigos o familiares. Al contrario, me inundaban unas ansias por continuar con mis proyectos literarios. Una voz dentro de mí murmuraba: “el vacío que nos invade en nuestra vida terrestre no volverá”. ¿Condena, salvación? ¿Quién sabe? Pero desde entonces he viajado por todo el mundo tanto como he escrito. Lo que más me ha sorprendido de esta segunda vida es haber conocido a otros inmortales errantes. No lo podía creer. Cuando los vi pensé que estaba soñando. De hecho, ello me reveló mi nueva condición viviente: al tratarlos corroboré mi mortalidad (es decir, supe que efectivamente estaba muerto), pero también, para mi extrañeza, me vine enterando de mi inmortalidad. La experiencia me causó una combustión paradójica de la que he tardado en recuperarme.

—Entonces —añadí—, así pudo cumplir su deseo de conocer a muchos de los personajes que aparecen en sus libros y con los que mantuvo conversaciones ficticias.

—En cierto modo. Claro, en esta segunda vida he tenido la oportunidad de hablar con Cervantes, Dante, Galileo, Colón, Hansum, Whitman, Poe y Baudelaire, Rimbaud, Agustín de Hipona, Sterne, Pascal, Bruno, Descartes, Kierkegaard, Quevedo, Swift, Heráclito. También con gente que no esperaba, como Pessoa, Proust, Tagore y Freud. Hay otros que no he podido tratar, pero que nadie nunca conocerá, porque son los autores anónimos de *Las mil y una noches* o aquellos que escribieron los hoy llamados *Rollos del Mar Muerto* ¿Imagínese? —abrió las pupilas— saber que esos bárbaros andan por aquí y no reconocerlos, qué terrible. En fin, todos los mencionados y otros más siguen sus andanzas por este mundo; sus obras los hicieron inmortales. De hecho, ahora que estoy de nuevo en la ciudad de México, recuerdo que hace algún tiempo conocí a un escritor mexicano que fue inmortalizado recientemente. Aunque su nombre no lo tengo presente...

— ¿Paz? ¿Octavio Paz? ¿Carlos Fuentes? ¿Alfonso Reyes? —me permití sugerir—.

—No, no. Espere... —bajó el rostro y suavemente se frotó la frente con su mano

derecha—. Algunos decían que este mexicano era muy joven como para ser inmortalizado. No importa; su obra, aunque breve, es una joya. Es el resumen de la historia de la miseria humana, no en un sentido moralista, sino como la sobrevivencia creativa (combinación de instinto animal y sensibilidad humana) a la cual cada uno estamos condenados en un mundo altamente contradictorio. Además, la obra relata una de las grandes historias de amor jamás contadas y está armada con una técnica muy adiestrada en la vanguardia. La historia se escenifica en un pueblito donde los muertos sueñan que están vivos o piensan que están vivos...

—¡Rulfo!

—¡Claro! Rulfo, ¡Juan Rulfo! —me secundó y añadió—: Sí, una vez encontré a Rulfo en una librería, durante un viaje que hice a Brasil. Es un gran conversador y para mi gusto muy modesto. No recuerdo bien qué platicamos, pero me dijo que eso de la inmortalidad no le venía bien. Que era toda una fatiga, que no era para él. Algo así. Ya olvidé qué otros cosas discutimos. Sin embargo, puedo hablar más de su obra, específicamente de *Pedro Páramo*.

—Cuénteme.

—Seré breve. Creo que *Pedro Páramo* es la prueba de mi tesis acerca del poder despótico que los muertos ejercen en los

acontecieres y quehaceres de los vivos. Los recuerdos, las hazañas, las imágenes, las promesas, hasta lo imaginado pero no concretado por aquellos que ya pasaron a la otra vida, siguen presentes de tal manera que mediante ellos los vivos guían sus acciones; es un yugo del que no se pueden liberar...

—Claro —interrumpí—. De hecho esa tesis la expone en uno de los microrelatos de *El libro negro*, donde cuenta que precisamente en la ciudad de México, Mister Gog conoció a un joven que se proponía llevar a cabo la revolución de los vivos contra los muertos.

—Aciertas. Sí, creo que *Pedro Páramo* ilustra cómo los muertos son más que ceniza, más que materia inerte; todo lo contrario: su función se parece mucho a la que tenían las estrellas entre los humanos primitivos, es decir, dentro de toda la oscuridad del universo, la diminuta y lánguida luz de estos astros, despertaba en el alma un deseo tanto de miedo como de seguridad, sin importar lo inexplicable de su existencia. Lo hecho por los muertos nos marca, por eso los reverenciamos, por eso los mantenemos vivos dentro de nosotros. Los muertos son todo lo que tenemos. No obstante, hay otra cuestión no menos significativa. Dentro de este despotismo de la mortalidad, uno se pregunta sobre el rol que juega la memoria. ¿Los personajes

que hablan en la novela de Rulfo no serán hijos de la nostalgia, la cual no es más que una sensible forma de la memoria? ¿Son esas voces los murmullos que nos guardamos porque sin ellos no seríamos más que masa informe enfrentándose inermes contra el futuro? ¿Son voces del más allá o las voces que nosotros no queremos olvidar? ¿Cuánto poder le damos a los muertos al no querer olvidarlos? Es decir ¿cuánta de su fuerza depende también de nosotros, de nuestra memoria, involuntaria o no?

—Buenas preguntas, aunque encierran cuestiones insolubles. —comenté con timidez

—Fíjese nada más todo lo que hacemos para no olvidar —elevó su tono de voz a un punto que se podía escuchar a unos metros de distancia—. Estamos aquí, en el Palacio de Lecumberri, en un lugar exclusivo para mantener presente y vivos lo hecho por los muertos; todo en papel. ¿Por qué no lo incendiamos? ¿Por qué? Definitivamente, en Rulfo hay mucho de ficción, pero hay más: hay historia, historia pura, de aquella que Herodoto apuntó desde un principio de su más famoso libro: la historia es, antes que nada, no querer olvidar; registrar, pero manteniendo viva la llama de los actos; es decir, aquellas pasiones que insuflan y dan sentido a la existencia, sean repugnantes o divinas. Por eso, tengo para mí que la disciplina de la Historia es donde mejor se



funde dos grandes descubrimientos de la humanidad, uno antiguo y otro moderno: los muertos están todavía vivos y los vivos están muertos. Es decir, somos inmortales, pero al mismo tiempo no somos más que nada...

—Eso lo apuntó Kierkegaard, ¿no?

—No podría afirmarlo. ¡Pero yo qué le puedo decir! Le voy a confesar algo —me miró fijamente a los ojos y con un dejo de desesperación añadió—: yo mismo a veces no sé si estoy vivo o estoy muerto ¿cómo estar totalmente seguro de ello?...

Al pronunciar estas palabras, el robusto italiano se quitó los lentes, se masajeó la cara con la palma de la mano, se rascó la melena y la barbilla; se puso de pie y tomó los tres libros que traía consigo y se

despidió. En su huida alcancé a preguntarle sobre lo que estaba escribiendo y trabajando en este momento, y, sin detener su caminata, me contestó: estoy redactando una enciclopedia que contenga en definitiva todo lo que el ser humano ha olvidado, todo el conocimiento que ha perdido por culpa de su misma estupidez o por su amnesia natural. Creo que con ello podremos saber qué tanto estamos retrasados en la actualidad en comparación con los adelantos tecnológicos, políticos e intelectuales que podríamos poseer. No sé cuándo lo termine, aunque tengo todo el tiempo del mundo para ello.

La silueta del italiano fue perdiéndose en el fondo de uno de los pasillos del inmenso edificio. Sin duda era él. Desde entonces, ya no lo he vuelto a ver.